

# LA UNIDAD CATÓLICA,

ORGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

## INCONSECUENCIAS.

Grande al par que lamentable ha sido el empeño de la democracia en destruir la unidad religiosa que fué por espacio de siglos envidiable privilegio y carácter peculiar de la monarquía española. Era el florón mas resplandeciente de su corona de oro que deslumbraba á las naciones rivales, la hoja mas bella é inmarcesible de su corona de laurel que amedrentaba á las enemigas: era una joya de gran valía que le quedaba en medio de su decadencia, y con la cual podia esperar mejores tiempos para rehacer su fortuna y salir de su postracion y abatimiento. El título de católico, restringiendo en cierto modo su primer significado, se habia convertido en glorioso calificativo de sus reyes, y era un epíteto que hasta pocos meses hace ninguno de sus súbditos públicamente rechazaba. Y de este lazo que unia tantas inteligencias y corazones, de este elemento de fuerza á todas luces indiscutible, de esa inestimable joya, casi único resto de la rica herencia de nuestros mayores, nos ha despojado gratuitamente la democracia, mas atenta á la próxima realizacion de sus aspiraciones que al futuro engrandecimiento de la nacion que en su seno la cobijaba. Será esto, si se quiere, una flaqueza de partido; pero es un hecho lógico ya que no plausible, una ley general que deben aceptar los que proclaman la conveniencia de que un estado se fraccione moralmenté por la diversidad de

las opiniones en todas esferas, sin advertir que así fraccionado los vínculos materiales no pasan de ser una mala soldadura.

Nada nos importa averiguar si la democracia tomó ó dejó de tomar parte en los trabajos subterráneos que prepararon el cataclismo de setiembre; pero ¿quién podrá achacarle que no hubiese trabajado, y muchísimo, en pró de la revolucion á ciencia y paciencia de los conservadores? Su palabra y su pluma habian causado ya bastantes estragos para allanar el camino á las bayonetas. Así es que el estruendo de los cañonazos en Alcolea y el toque de rebato en las poblaciones le anunciaron que habia llegado su hora, y que pronto empezaría á segar la mies, fruto evidente de las semillas que con incansable mano habia esparcido.

Poseida de frenético entusiasmo por la libertad, pero una libertad tan absoluta, tan utópica, tan desnuda de cortapisas y restricciones como en su amoroso delirio pudo concebirla, no dudó en sacrificar á su ídolo el sentimiento mas respetable y arraigado en el corazon de los españoles. Sabia, porque no podia dejar de saberlo, que su inmensa mayoría, que su casi totalidad deseaba vivamente la conservacion de la unidad católica, y eso no obstante se propuso quebrantarla, poniéndose en contradiccion con el mas decantado de sus políticos axiomas. Llamó soberanía nacional á la voluntad de un número relativamente escaso, y trató de abrir á los cultos

extrangeros la puerta que hasta ahora les habia estado cerrada. Así tratan de hacer levantar los cordones sanitarios los que prefieren los estragos de la epidemia á los obstáculos que paralizan su comercio. A pesar de los razonamientos y presagios de las nuevas Casandras, condenadas como la antigua á decir la verdad y no ser creidas, se empeñó la democracia en aporillar los muros de Ylion é introducir el caballo fatal preñado de perturbaciones y conflictos. Aplaudid, troyanos; los libre-cultistas españoles pueden ya esclamar: Hemos salido con nuestro intento,

*Et monstrum infelix sacrata sistimus arce.*

Este suceso no nos ha sorprendido. Somos algo pesimistas y tenemos demasiada fe en el vulgar adagio: *Piensa mal y acertarás.* ¿Cambia empero dentro de las reglas de una lógica previsora la esperanza de que no llegara á verificarse tan desastroso acontecimiento? Para los que no hayan reflexionado que en los dramas de la vida real no todos los personajes salen á la escena, que los incidentes propios de la comedia influyen á veces en las mas trágicas situaciones, que los pactos mercantiles se alían con las intrigas diplomáticas, que el oro nada pierde de su valor ni de su brillo por ser estranero, y que así de este metal como del acero se fabrican resortes para dar impulso á la máquina revolucionaria; las cuestiones se presentan menos complicadas, pero mas espuestas á ser equivocadamente resueltas.

A raíz de los sucesos de setiembre los naturales defensores del catolicismo quedaron como sobrecogidos de espanto y de zozobra. Eran considerados como unos vencidos sin haber asistido á ningún combate: el mas soberano desden pesaba sobre todos ellos. Rayaba en lo ridículo la manía de hacer caso omiso de su número, de su valer, de su posición social, de sus intereses, de sus derechos, de sus aspiraciones. Aquí, allá y acullá no se oía mas que la frase: los tres partidos liberales, los tres partidos revolucionarios, los tres partidos vencedores. Pero, ¿y los demas españoles? Los ciudadanos de la nueva Esparta no se dignaban ni siquiera hacer la estadística

de los nuevos ilotas. Hubiérase dicho que la batalla de Alcolea era un terremoto que abriendo una profunda sima se habia tragado de tres á cuatro quintas partes del pueblo español. Y los que conservaban los rasgos característicos del antiguo españolismo, anodados por la fuerza de las circunstancias ante los que se amamantaron con la leche francesa del 93, bien podian recelar que del nuevo orden de cosas no saldria sino un enjambre de abejas que

*Mella dabunt Gallis, Hispanis spícula figent.*

Pero no toda la democracia era racionalista, ni todo el progresismo anticatólico, ni toda la union liberal volteriana. En esa triple alianza descollaban ciertas individualidades cuyos antecedentes podian servir de gage á los católicos para esperar que su preciada unidad no se quebrantaria. Y precisamente eran estas las que mas sobresalian por su reputacion, por sus talentos, por su influencia y hasta por los méritos contraídos para con la revolucion misma. ¿Qué importaba que su número fuese reducido? La calidad suplía á la cantidad. ¿No eran ellas las que identificadas con la revolucion habian sido sus promovedores, sus caudillos, sus porta-estandartes? No era de suponer que los hombres que tal empresa habian acometido tendrían fuerza y tino suficientes para encarrilarla, al menos en lo que atañía á tan grave asunto? No eran ellos los gefes reconocidos de huestes disciplinadas, los maestros consumados en táctica parlamentaria, los *leaders* acostumbrados al mando, bastanté diestros para imponer su voluntad á los mas dóciles ó para hacerla aceptar á los mas renitentes? Y podia recelarse de ellos que no trabajarían en favor de la buena causa? De uno se conocía la enérgica frase «que primero se dejaria cortar una mano que consentir en el rompimiento de la unidad religiosa:» de otros se sabia que estaban decididos á no ir mas allá de la tolerancia que de hecho hacia ya largos años que existía: este, antiguo y vigoroso defensor de la unidad católica, retaba en medio de las cortes al mas pretensioso de los innovadores: aquel habia pertenecido á las conferencias de S. Vicente:

unos habian dado públicos testimonios de su adhesion al catolicismo: otros no podian herirle sin herirse profundamente á sí mismos en sus mas caras afecciones. Y sobre todo, á su vista debia levantarse la tribuna en que ellos, oradores insignes, habian pronunciado magnificos discursos para contrarestar, destruir y pulverizar los sofisticos argumentos de los libre-cultistas: brillantes páginas que permanecerán inmortales para convertirse de pregoneras de su gloria en acusadoras de su defeccion injustificable. ¿Y quién habia de imaginar que estos mismos hombres consintieran en desdecirse á la faz de Europa, en renegar de su pasado, en arrancarse y pisotear los laureles que tan justamente habian ceñido?

Y ademas, ellos, versados en las ciencias políticas, repúblicos eminentes, hombres que habian empuñado las riendas del gobierno, ¿podian desconocer que el quebrantamiento de la unidad católica en España, verificado en la época actual, habia de ser por fuerza una medida violenta é intempestiva? Violenta, porque no podia llevarse á cabo sino luchando contra la corriente de la opinion pública, y oponiéndose á la voluntad de la mayoría de los españoles, verdad que nadie ignora y que ha sido paladinamente reconocida y confesada en las cortes por ministros y diputados. Intempestiva, porque no la habian precedido ni guerras religiosas, ni turbulentas controversias, ni grandes agrupaciones de disidentes, ni ninguno de aquellos hechos que hacen necesaria esta clase de transacciones. En España no habia mas que católicos ó individuos estraños á todo culto, y siendo esto así ¿qué derechos positivos en materia religiosa necesitaban los que ninguna religion profesan? Pero aun dado que la pluralidad de cultos fuera un bien, idea cuya sola emision hace patente su absurdo, doctrina que no puede aceptar quien someta sus opiniones al criterio de la Iglesia, nunca debia olvidarse la máxima de Goethe, autoridad nada sospechosa, «que toda medida violenta ó intempestiva lleva consigo mas inconvenientes que los que evita, destruye mas bienes que los que realiza.»

Tratábase de elaborar una ley fundamental que no fuese obra de un solo partido, ¿cómo no esperar que estos hombres secundarian el impulso de la fraccion respetable que á solo un artículo circunscribia sus aspiraciones? ¿Cómo no esperar que se harian fuertes en este punto, ya que en otros transigian? La triple alianza se ha hecho mutuamente concesiones, ¿y para los católicos no habia de haber ninguna? Ah! la democracia les impuso sus exigencias, y ellos las han obedecido. Ante los prosélitos de esta escuela, que apenas cuenta los años que se necesitan para llegar á la mayor edad, ellos, los hombres de indisputable talento, los doctores de la ley, los oráculos del liberalismo doctrinario han enmudecido, se han achicado, se han anulado, han consentido en la abdicacion mas humillante y bochornosa. Demóstenes de ayer, Cicerones jubilados, ¿por qué plato de lentejas habeis vendido vuestra primogenitura? ¿Qué habeis hecho de vuestras convicciones inquebrantables? Qué de vuestra antigua y vigorosa elocuencia? Qué habeis hecho hasta de vuestras pasiones, de vuestras debilidades como hombres, que en cierto modo venian á ser para los católicos una garantía? Sí; ¿quién habia de presumir que con vuestras mañas y travesura, con vuestra irascibilidad, con vuestra ambicion y orgullo os resignariais á pasar por debajo de las horcas caudinas?

Defender la unidad católica era un deber de conciencia para el que se halle bien penetrado de que únicamente en el catolicismo se encuentra la verdad religiosa, era un acto de política previsora, un rasgo de inteligente patriotismo; pero para ciertos hombres era además un acto de consecuencia que sus hechos anteriores requerian. Si los que estudian el curso de los acontecimientos y se paran únicamente en la superficie, pudieron poner su confianza en estos hombres, al ver frustradas sus esperanzas podrán escribir este hecho mas en el catálogo de las veleidades humanas y esclamar para sus adentros: *Maledictus homo qui in confidit homine.*

T. AGUILÓ.

## LA FÉ CATÓLICA EN ESPAÑA.

Hemos llegado á un tiempo en que la sociedad pide luz y se le dan tinieblas; pide pan y se le dan piedras. Esas promesas irrealizables, esos adelantos materiales que tienen mucho de ficción, son el antifaz de que se valen los entusiasmados amantes de un mal entendido progreso para engañar á los pueblos, cuya existencia va corroyéndose por el mortífero veneno oculto en el fondo de la dorada copa de unas *libertades falsas ó inconsecuentes*, que no raras veces se convierten en despotismo. Cuando aquella se apura, lejos de dar vida, agrava el mal, y cada día precipita con mas fuerza á los pacientes hácia ese hondo sepulcro que tambien para las naciones reserva la suprema justicia de Dios.

Conocida es de todos la funestísima suerte de los pueblos que se han separado de la senda que debia conducirles á su felicidad. Todas esas poblaciones de colosal figura que han desaparecido de la tierra donde por siglos habian dominado, han contado por una de sus peligrosas crisis, y tal vez por la última, aquella en que por no dar importancia á lo sobrenatural han pretendido buscar en los progresos puramente materiales ó en las puras combinaciones políticas el secreto de mantener vivo lo que sin *la fé* tiene que estar necesariamente muerto.

La sociedad está enferma; hace ya que lo está mucho tiempo, y lo que vemos hoy de triste, de deplorable y funesto, no es otra cosa que el resultado de anteriores preparaciones, y seguro preludio de mas ó menos próximas calamidades. Si nos hace estremecer lo pasado, debe arrancarnos lágrimas lo presente y llenarnos de terror lo futuro. El mal es crónico; y el remedio eficaz es conocido únicamente de los católicos de convicciones. Nosotros, los cristianos de tradición, lo conocemos suficientemente, y con mayor razon tratándose de nuestra magnánima nacion, hija de la Iglesia y grande siempre *por su fé*, á la que ha debido en todos tiempos sus importantes hechos y sus sublimes inspiraciones.

Hay naciones que reconocen un origen ó una vida mas ó menos civil, pero en la España nacida del seno de la Iglesia católica, totalmente religiosa en su primitiva organizacion, están hasta tal punto ligados ó identificados los elementos divino y humano, es decir el elemento religioso y el elemento nacional, que el divorcio y la lucha entre ambos haria inevitable una completa disolucion. Está es una verdad de sentido comun; y los que la ignoran ó finjen ignorarla, vendrá dia en que espíaran terri-

blemente su criminal ó afectada ignorancia. Una constante esperiencia nos enseña que tarde ó temprano caerán la maldicion y el esterminio sobre los pueblos que se olvidan del verdadero Dios; por eso en España, cuya nacionalidad, cuya vida, cuya grandeza, cuya prosperidad y gloria son en su origen católicas, en su progreso católicas, en su perpetuidad católicas, no hay remedio para sus males de presente, ni para sus males de futuro; si ese remedio no lo buscamos en la fé, rica herencia que venimos poseyendo hace catorce siglos, columna de fuego que alumbró á nuestros padres en las noches de la edad primera, y columna de nube que los protegió despues en otros dias de infortunio.

Para esos males de España no hallo otro remedio mas eficaz que la fé católica; esa fé que venció al paganismo, que confundió al arriano, y que ablandó la fiera condicion del bárbaro; esa fé que en los célebres concilios de Toledo daba consejos á los reyes y preceptos á los pueblos, y que sirvió de freno á los señores del feudalismo y de freno y consuelo á la vez á los vasallos de los castillos; esa fé que era la primera invocacion que se hacia al dar leyes al pueblo, que haciendo suya la causa de España contra la causa del mahometismo, inspiró valor á nuestros padres para sostener una guerra de setecientos años, y arrojar mas allá de los mares á los hijos de la proscrita raza agarena; esa fé, por último, que en el siglo XVI preservó á la nacion española de los gravísimos males y conflictos por los cuales tuvieron que pasar otros países que rompieron la cadena de sus antiguas creencias.

Si para cualquiera pueblo es necesaria la santa fé católica, lo es mas aun para la España. Por lo mismo que aquí es todo de origen católico, la fé es la primera necesidad social. Cuando esos pueblos tan fáciles de ofuscar con falsas teorías, cuando esas naciones donde han penetrado la corrupcion y el escepticismo tras la indiferencia, cuando esas antiguas monarquías buscan un porvenir que no encuentran, y corriendo de novedad en novedad llegan á abandonar la fé, llamándola vieja, importuna y contraria á la razon, vendrán á parar necesariamente á la barbarie, á la esclavitud, á los cadalsos, al esterminio de sus ciudadanos y al desbordamiento de todos los vicios. No importa que proclamen la libertad y la tolerancia; no importa que invoquen la ilustracion y la cultura; no importa que hagan alarde de buscar la guia de la razon y que quieran virtuosos á todos los hombres, cuando no conocen la virtud; porque, si no se apartan de la senda del error, llegarán infaliblemente al térmi-

no funesto á donde van á parar los pueblos que viven entregados á la demencia y al olvido de las verdades reveladas.

En España no hay que temer nada mientras se conserve viva la influencia de la fé. Será para los entendimientos luz; para los corazones regla; para los partidos consejera. Será para las ciencias punto de partida; para la política base; para la administración recurso. Será por último el mas poderoso, quizás el único elemento de conservacion para la nacionalidad española; cuya especial estructura es un todo heterogéneo. Para unir entre sí á nuestros pueblos fueron llamados *reyes católicos* los preclaros monarcas que llevaron á efecto esta gloriosa empresa, y solamente podrá conservarse esa union en virtud del mismo principio á que fué debida; es decir, conservándose en esos pueblos el imperio de la fé católica de que fueron tan celosos Fernando é Isabel. Yo no hallo otra arca de salvacion para nuestra querida España en medio del diluvio de errores que inundan la sociedad, sino esa misma fé. Pero tambien estoy en el convencimiento de que el dia en que Dios nos retire este don de la fé católica, que en justo castigo ha retirado de otros pueblos, entraremos en un período deplorable y funestísimo; porque, estinguida entre nosotros su radiante luz, tendremos en su lugar *independencia de la razon, libertad de pensamiento, libre exámen, soberanía del juicio privado*; perdida entonces la fé católica, lo perderíamos todo, nuestra fuerza, nuestra nacionalidad, nuestra patria, todas nuestras esperanzas.

Háblase mucho de los adelantos de la industria, de los progresos de la instruccion, y de lo generalizada que se halla la ciencia gubernativa; pero si no hay fé en los corazones, poco habrán adelantado los pueblos con las formas de gobierno que todos los dias están ensayando. Lejos de poder ser así feliz la sociedad, es un milagro solamente que exista. En vano se proponen templar el ardor febril de los pueblos modernos; porque nada conseguirán, toda vez que con las creencias católicas no se ponga un contrapeso á las pasiones humanas. Para salir de ese abismo no queda otro camino que la fé católica; para precaver tantos errores no hay regla mas segura que la fé católica cuyo objeto son las verdades reveladas por Dios; para curar á la sociedad de tantos males no hay remedio mas eficaz que la fé católica.

Sea todo religioso en nuestro pais; pensamientos; palabras, hombres é instituciones; y así se conservará siempre pura en España la santa fé católica, á

cuya sombra fueron tan grandes nuestras glorias y tan felices nuestros antepasados. *Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.*

Ibiza.—S. V. A.

AYER, HOY Y MAÑANA.

(Conclusion.)

¿Qué medios han de emplearse para hacer frente á la transicion de hoy á mañana?

En los primeros tiempos de la era cristiana se trataba de una idea nueva con aspiraciones á destruir la idea vieja; el cristianismo naciente tendia á reemplazar al paganismo arraigado; una religion inérme disputaba el imperio de las inteligencias y de los corazones á una religion armada, influyente, dominante y poderosa. Mas siendo el cristianismo una religion de paz y de amor, habia de conquistar los triunfos por medio de la persuasion. El empleo de la persuasion produjo y habia de producir dos resultados distintos: si convencia, ganaba neófitos; si no convencia, se encontraba con tiranos.

Trátase ahora de una idea propagada y á la que se pretende disputar la legitimidad de su triunfo; trátase de desarraigar una verdad que tiene echadas raices profundas; trátase de que ella luche por sí sola, sin proteccion especial por parte del estado, contra todos sus enemigos.

La situacion es muy distinta, es para nosotros incomparablemente mas ventajosa que en los primeros tiempos de la era cristiana: si entonces triunfó la idea siendo nueva y por arraigar, ¿no ha de triunfar ahora, siendo secular y arraigada?

Entonces la primera necesidad consistia en ganar prosélitos, al presente la primera necesidad consiste en conservar partidarios: entonces se necesitaba ganar, ahora se necesita no perder. Si aseguramos el resultado de no perder terreno, tendremos garantida la victoria: ejército del que no se consigue hacerle retroceder un palmo, vence y queda dueño del campo.

No pensemos en ganar; pensemos por de pronto en no perder: y para esto ¿qué se necesita? Firmeza en nuestras creencias, y decision en rechazar los ataques dirigidos á las mismas. No se puede pedir menos: el sacrificio, si es que tal nombre merece, no puede ser mas fácil ni mas llevadero.

*Firmeza en las creencias.*—Gran concierto de calumnias se ha levantado de algun tiempo acá para

servir de poderoso estorbo á la manifestacion vergonzante de creencias. A tal punto habiamos llegado, y aun estamos en él, que para pronunciar una palabra en bien del catolicismo, era y es todavía preciso pasar plaza de oscurantista hasta parecer topo, de retrógado hasta condenar los adelantos, y de intolerante hasta tener pretensiones de fabricante de corozas. Es como si dijéramos que en una polémica sobre enjuiciamiento criminal un partidario del tribunal jurado é iletrado tratase de ridiculizar al mantenedor de los jueces letrados, suponiéndole deseos de restablecer la horca, la tortura, las marcas infamantes, la mutilacion y la esposicion de cabezas de ajusticiados en los parajes públicos.

Una ridiculez análoga, un despropósito igualmente garrafal ha ganado en España poco menos que autoridad de cosa juzgada en toda polémica de índole religiosa. Pronunciar siquiera la palabra *católico*, como no sea para echarlo á barato y darlo á burla y á profanacion de cosas santas, es en el concepto de la propagada calumnia síntoma inequívoco y testimonio fehaciente de aspirar á la restauracion de la organizacion judicial de otros tiempos, del sistema penal de otros tiempos, y del modo de ser de las diversas jurisdicciones en otros tiempos. ¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Ya que la calumnia confunde cosas tan distintas y tan ajenas, importa mucho que se quite la máscara á la calumnia, y se quite el peso del temor que á la misma tienen los católicos sencillos que son incompetentes para estas cuestiones; y los católicos vergonzantes que se quedan sin palabra cuando oyen hablar de la inquisicion.

Desvanecida la calumnia, no hay ya quien pueda por temor á ella dejar de profesar en público las creencias católicas.

No es posible que un gobierno ofenda á los intereses católicos en nuestro pais sin hacer agravio á otros intereses. Examinad los actos de un gobierno de esta índole, y hallareis en ellos inconsecuencias superlativas, desaciertos capitales, vicios administrativos que no admiten excusa. Atáquesele en este terreno; obligúesele á la legalidad; no se le deje en paz ni reposo en lo que ofenda á la moralidad. No se le haga jamás oposicion sistemática sino razonada; no se le pida que descienda de la cumbre del poder, sino que en el poder reforme su conducta; no se diga jamás con justicia que se le hace la oposicion de *quítate tú para ponerme yo*.

Aceptadas estas condiciones, aprovéchense todos los recursos de la ley para combatir al gobierno que lo merezca; en los comicios electorales, en la

prensa, en todas partes hágase oír la voz de la justicia pidiendo reparacion de agravios, exigiendo moralidad y clamando contra las ilegalidades. Cuando se consiga de un gobierno que no falte á la ley ni á la moralidad, se habrá obtenido un buen gobierno. No queráis saber mas; no queráis saber cómo se llaman ni á qué partido pertenecen los que gobiernan: mientras no consientan la inmoralidad en la administracion, ni se aparten un punto de la legalidad, sea esta cual fuere, será imposible que infieran agravio á los intereses católicos.

No se pida jamás el gobierno de personas, sino el gobierno de principios: por el camino de la inflexibilidad de los principios se llega á la formacion de los caracteres y á la consolidacion de los buenos gobiernos.

Cuando se perpetuan los gobiernos inmorales, la culpa es siempre de los hombres de bien que se retraen de la lucha y prestan con su indiferencia práctica seguro apoyo á la inmoralidad y á las ilegalidades. Si no hubiese hombres de bien, retraidos é indiferentes, no duraria mucho en ningun tiempo el triunfo de los ambiciosos vulgares é innobles.

*Decision en la defensa.* El primero, el mas costoso y el mas brillante triunfo de la religion católica consistió en salir de la oscuridad de las catacumbas y subir al trono de los Césares, y si se nos permite la frase, diremos que entonces la religion pasó de vergonzante á triunfante, de esclava á señora, de privada á pública.

Apliquemos la observacion á los presentes tiempos. Hay entre nosotros un crecidísimo número de católicos; pero todos juntos hemos permitido que la religion haga el papel de vergonzante. En los actos religiosos dejamos que la religion se descubra; en los actos no religiosos dejamos que la religion aparezca como estraña ó eliminada. Los actos religiosos son del dominio privado; los demás actos á los que nos referimos, son del dominio público: de aquí resulta que obligamos á la religion á seguir un orden inverso al que siguió en tiempo de Constantino. Entonces pasó de privada á pública; nosotros hacemos que de pública se convierta en privada.

Confesamos con pena del amor patrio que en España la ilustracion científica y literaria no está de mucho al subido nivel de otras épocas; pero si entre lo mucho adocenado hay algo que merezca llamarse sobresaliente, ¿pertenece al orden religioso? O si por su esencia no corresponde á ese orden, ¿procura siquiera dar realce al espíritu religioso?

Bajo este concepto nos hemos dado en España á vivir de las pasadas glorias sin cuidarnos de fo-

mentarlas en lo presente ni disponerlas para lo venidero. Las ciencias, las letras y las artes no parecen amar con alguna preferencia entre nosotros el cultivo del espíritu religioso, porque el espíritu religioso no les proporciona la acogida que fuera de él encuentran. Por dónde, si no tiene honrosa acogida, se levantará el espíritu religioso á su manifestación en las ciencias, en las letras y en las artes? Si el criterio católico no se ocupa activamente en dar alimento á esa ilustración, será ella forzosamente patrimonio del criterio no católico.

Hé aquí uno de los mejores y más honrosos y más fáciles medios de defensa que podemos oponer á los ataques dirigidos y que se dirigirán al catolicismo. En vez de adocenarlo, enaltecerlo; en vez de mirarlo con desvío, mostrarlo en todas partes; en vez de reducirlo á la region privada, darle gran publicidad; en vez de encerrarlo en las catacumbas de los templos y del hogar doméstico, hacerlo subir á la vista de todos al trono de la ilustración.

La cruz era mirada por los antiguos pueblos con la repugnancia con que miramos nosotros la horca y el garrote vil; y sin embargo, la cruz se convirtió en respetado remate de los más admirables monumentos arquitectónicos, en empuñadura de espada sobre la que han puesto con honra la mano los más hidalgos, los más valientes, y los más nobles para hacer solemnes juramentos; la cruz se convirtió en el mejor adorno de ataviadas damas, y es todavía la recompensa á que aspiran los servidores del estado, los hombres de ciencia, los artistas.

Esta radical transformación se hizo con un signo de infamia, porque los católicos sacaron el espíritu religioso de la region privada para propagarlo á la region pública; no queramos nosotros la responsabilidad de obrar en orden inverso.

Vasto campo nos ofrecen la instrucción, la enseñanza, la educación, la propaganda ejercida por todos los medios legales y en todas las esferas de la sociedad. En la infancia por la instrucción catequística, base de la moral que enseña á cumplir los deberes; en la juventud por la educación que le enseña la armonía de los descubrimientos científicos, del adelanto de las artes, del progreso de las industrias y del perfeccionamiento moral y material de las sociedades con el espíritu religioso que ha dado vida á los pueblos y grandeza á los siglos; en las clases humildes por la instrucción que les proporcione el buen celo, aprovechando los medios que la inspiración propia ó la agena sugieran; en las clases acomodadas por el ejemplo que les enseñe á buscar en la continuidad de actos loables el

origen de la nobleza de alma á que podemos aspirar todos: hé aquí como por varios modos hay lugar para cada uno en la restauración social, hoy más que nunca necesaria y urgente.

Publicaciones modestas al alcance de todas las inteligencias, publicaciones levantadas á otras pretensiones, libros, folletos, periódicos, hojas sueltas, aprovéchese todo para dar animación y vida al espíritu católico; aprovéchese todo para introducirlo en los talleres, en las más humildes viviendas, y aun para honrar la mesá-velador de las familias acomodadas.

Y así como un célebre emperador romano no se acostaba sin echar una ojeada retrospectiva á sus ocupaciones, y consideraba como perdido el día en que no podía recordar una buena obra; así nosotros hemos de acostumbrarnos á no conciliar sin desazon el sueño cuando la memoria nos acuse de haber pasado un día más sin haber cooperado poco ó mucho á propagar el espíritu católico. Con la influencia personal los unos, con el auxilio material los otros; con el óbolo el que poco pueda, con mayores recursos el que alcance á más; y todos con la poderosa elocuencia del ejemplo, nunca recatado por una mal entendida vergüenza y sostenido con honra en conversaciones y en círculos sociales, podemos y debemos conseguir que si en todas partes asoma sin recatarse la negación religiosa, en todas partes también se tenga por señalada honra la ilustración católica, la convicción católica, la fé católica.

Para los católicos españoles comienza una nueva época.

La época es de lucha, lucha de la razón contra la fuerza, lucha de la verdad contra la calumnia, lucha del criterio católico contra el criterio racionalista.

Vengan sobre la sin ventura España los acontecimientos políticos que se quieran suponer, que se quieran esperar, que se quieran apeteer. En medio de esos acontecimientos, unas veces por gracia de los mismos y otras veces á su despecho, subsistirá esa lucha por una muy larga serie de años, siendo hoy más empeñada que ayer, y mañana más enconada que hoy.

Ya no basta que los lectores piadosos comprendan por instinto lo grosero de los errores y la repugnante vileza de las calumnias; se necesita además que se convenzan con los hechos. Ya no basta que los lectores piadosos lleven las manos al oído para que no penetren por él las frases escandalosas; es menester además que aprendan argumentos para rebatirlas.

Esta es una nueva é imperiosa necesidad que se

ha despertado en España; es el indicio de la lucha que comienza y que ha de reflejarse en el nuevo sesgo que han de tomar las publicaciones religiosas afanándose no ya solamente en mover el corazón sino también en levantar la inteligencia. Imprímense libros ascéticos, enhorabuena; pero cúidese de que menudeen algo más las obras instructivas tan descuidadas hasta el presente.

De otra suerte, en la lucha que ahora comienza y será larga, veremos pregonarse el error, adulterarse la historia, calumniarse lo más santo y respetable, sin que esas publicaciones puestas al alcance de las clases populares y difundidas con profusión singular se vean contrarestadas por la corriente de otras publicaciones, que será en vano escribirlas porque no habrá quien las compre. Por ser obras de instrucción sólida y no estar destinadas á prácticas de devoción, no las comprarán los lectores piadosos; y por estar escritas con sujeción á la verdad siempre bien hermanada con el criterio católico, no las comprarán los que no amen de veras los principios católicos.

Y el error y la maledicencia y la calumnia tendrán lectores, y no los tendrá la verdad. El resultado de tan desventajosa lucha no habria de ser dudoso.

Hé aquí por donde ha de buscarse la decisión en la defensa. El gran peligro que corren los intereses católicos no procede del protestantismo ya caduco, ni del mahometismo rechazado por la civilización, ni del judaísmo mirado en todas partes con desvío; el gran peligro no procede de la libertad religiosa, sino de la negación religiosa que se ha hecho legal por medio de la libertad. No tememos que los católicos españoles se hagan protestantes, mahometanos ó judíos; pero tememos que se hagan irreligiosos, tememos que la juventud se pervierta y que los vacilantes se vayan al campo de la indiferencia, si la educación y la enseñanza y la publicidad no toman por norma el criterio católico.

#### Conclusion.

No se duerman en el quietismo, fiándolo todo en la esperanza de un remedio radical y pronto. Si ese remedio existe, ¿qué somos nosotros para merecerlo pronto? Los mártires, y eran mártires, se sacrificaron por espacio de tres siglos para alcanzar el triunfo del catolicismo. Si pues nosotros no hemos de llevar de mucho ni aun en sombra el sacrificio á semejante extremo, ¿querremos por ventura tener empeño en ser más merecedores que los mártires? ¿querremos dictar la ley á Dios? ¿querremos enseñarle lo que más conviene?

El triunfo vendrá cuando venga; esta no es incumbencia nuestra. Hagamos por merecerlo, y vendrá. Y pues en los presentes infortunios hemos tenido cada cual su parte de culpa, y pues á las calamidades hemos contribuido todos activa ó pasivamente, es ley de justicia que pongamos todos la parte correspondiente en la reparación.

## CRÓNICA.

INGLATERRA.—Once iglesias católicas se han creado en la sola diócesis de Westminster dentro del espacio de un año, como en su pastoral de 23 de mayo lo manifiesta su celoso arzobispo el Sr. Manning. En diciembre se abrió la de los Angeles de la Guarda en los barrios orientales de Londres, en abril la de Ongar en Essex; está ya concluida la de Sanbury, y á punto de terminarse la de nuestra Señora de las Victorias en Kensington, la de Barking, la de Southend y la de West Drayton. Pronto se pondrá la primera piedra de una muy espaciosa en Holloway, de dos pequeñas en Harwich y en Bon y de otra en Mill-Mill, adjunta á un seminario de misiones extranjeras.

Y no se limita á dicha diócesis este increíble movimiento, sino que se extiende á las quince que forman la provincia católica de Inglaterra y á las cuatro de Escocia. No hablamos de Irlanda, en cuyos pobres y fieles habitantes es proverbial la generosidad, llegando á asegurar el señor Moriarty obispo de Kerry que teniendo en cuenta los ingresos de sus diocesanos y lo que consagraban al culto divino resultaba que de cada veinte chelines de beneficio ofrecían trece para las obras religiosas. Qué lección para nosotros!

En un sermón predicado últimamente declaró el expresado arzobispo Manning que el número de católicos domiciliados en Londres es mayor que el de toda la población de Roma. Cada día aumenta la muchedumbre de protestantes que abrazan nuestra fé, y más de una mitad de las vastas feligresías del Oratorio y de Sta. María de Bayswater y una considerable porción de la de Farmstreet, todas en Londres, se componen de anglicanos convertidos. En la referida iglesia del Oratorio se celebró en 26 de mayo último la fiesta de S. Felipe Neri con mayor magnificencia acaso que en la misma Roma, y en el altar mayor veíanse los representantes de las diversas órdenes religiosas establecidas por fin en la capital del protestantismo que durante tres siglos les ha movido tan cruda guerra. Hay en Londres conventos de agustinos, franciscanos, dominicos, jesuitas, servitas, oratorianos, carmelitas, maristas, oblatos de san Carlos y oblatos de la Concepción, sin contar los de religiosas que son aun más numerosos.

TURQUÍA.—En Constantinopla la procesion del Corpus celebrada por la colonia católica de aquella capital, no solo recorrió libremente las calles, sino que el gobierno turco le envió la música militar y una escolta de infantería.

#### Puntos de suscripción.

Librerías de Guasp, Muntaner y Colomar, y círculo de la Asociación de Católicos.

#### Precios mensuales.

Dos reales vellon en Palma, dos y medio dentro de la provincia, y tres para los suscriptores del continente.

A los asociados de la capital costará un real solamente, y uno y medio á los demás de la provincia.

PALMA.—Imprenta de Guasp.